

Un domingo de 1974

Por Jacinto Castillo Milán

Pongamos que se trata de un domingo de 1974. Son las ocho de la tarde y en la redacción de La Voz de Almería de la Avenida de Montserrat una máquina que podría servir de attrezzo en una película de Star Trek vomita teletipos. Sólo hay dos mesas de trabajo ocupadas. Manuel Román González y su hijo José Manuel teclean rodeados de folios, hablan por teléfono e intercambian comentarios a medida que avanza la tarde. El Linares le ha ganado con claridad al Pavía y el Madrid se ha dejado golear ante su eterno rival. Los comentarios son breves e incisivos, pero no hay demasiado tiempo porque La Hoja del Lunes tiene que estar lista a su hora, con todo el fútbol del fin de semana. La Primera, la Segunda, la Tercera y la Regional Preferente, en la que se vuelcan las ilusiones de la sufrida afición almeriense. Fútbol para soñar sin mayores consecuencias. Fútbol para vivir.



Los tubos de neón de La Voz de Almería son ya casi lo único que le da algo de vida a la Avenida de Montserrat, que languidece como el resto de la ciudad, dormida en ni se sabe que rincón de la Historia. Al menos, en esta nave, que

apenas ha cumplido diez años de historia, pasan cosas que no suceden en otros lugares de la ciudad. Mucho menos a estas horas que parece que no tienen dueño.

No hay muchas opciones en Almería para cuatro adolescentes que han llegado a la redacción mirándolo todo con los ojos muy abiertos este domingo por la tarde de 1974.

Mientras los Román avanzan con la edición de la Hoja del Lunes, los cuatro adolescentes hacen como que les ayudan. Se entretienen correteando desde la máquina de teletipos a las mesas de la redacción o revolviendo en el archivo fotográfico. A veces, reciben el encargo de rehacer las clasificaciones del fútbol juvenil con los resultados del domingo o de bajar un folio enrollado al linotipista



que, sentado ante esa especie de órgano de letras de molde, parece a punto de interpretar una fuga de Bach frente a la rotativa aún dormida. Los cuatro adolescentes se sienten unos privilegiados enredando entre los

hilos que tejen un periódico. Cuando al día siguiente, la Hoja del Lunes corra de mano en mano en los cafés del Paseo ellos ya estarán en otra cosa. Pero, de momento, la redacción de La Voz de Almería huele a periódico y a trabajo incesante. Huele a papel, a tinta y a tabaco y los cuatro adolescentes se creen parte de este pequeño universo en el que cualquier detalle es un descubrimiento y una estimulante sensación de estar compartiendo la vida de los adultos.

La máquinas de escribir cantan a coro, con el cuchicheo de los adolescentes de fondo hasta que aparecen unas fotos impagables dentro de una caja de cartón y los cuatro acaban olvidando que habían venido a echar una mano...

El domingo de 1974 se bate en retirada y los adolescentes escuchan con disimulada atención los comentarios de Manuel y de José Manuel. No es fácil captar el sentido de la conversación entre dos personas que viven apasionadamente su vocación, su forma de vida. Hablan de fotos, de cíceros, de titulares. Hablan de fútbol como si fuese una leyenda improvisada para el domingo de la tarde.

¿Qué se puede hacer en Almería un domingo por la tarde de 1974 al filo de los quince años?

Apenas, enamorarse de un primer amor. Apenas, enamorarse de una profesión.

